

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.  
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## La vida del cristianismo.

Et porta inferi non preval-  
lebunt adversus eam:

Y las puertas del infierno  
no prevalecerán contra ella.

...—¡Qué farfantes son los incrédulos! ¡Qué pobre de vida está ya la Religión del Crucificado! ¡Con qué desprecio la miran, con cuánto descaro le hablan, con qué aplomo la juzgan y con cuanto desdén la oyen nuestros filósofos!

¿No te parece, amigo mío, que la piqueta de la moderna crítica va derribando uno á uno los sillares que cimientaban el carecomido edificio de la Iglesia Católica? ¡Y qué estrepitosa va á ser su caída al abismo de lo que fué, entre las carcajadas del escepticismo dominante y los anatemas de la razón, hoy desembarazada y libre, si tanto tiempo proscrita y encadenada, hoy reina y señora sí hasta aquí hollada y oprimida!—

Quizá alguna vez, lectores cristianos, y permitid que interrumpa este monólogo, hayais llegado, sino á formular en vues-

tra alma las impías y terribles exclamaciones que anteceden porque creéis y muy de veras en la promesa de Jesús que sirve de tema á estos renglones, á lo menos á tener miedo por la vida de la Religión, á temblar por la fé que parece perderse en la descreída atmósfera de racionalismo que respira la sociedad de nuestros tiempos.

Y por eso esta humilde pluma que de vez en cuando tiene la honra de escribir algo en las columnas de *El Pilar* y de hablar desde ellas con sus sencillos y buenos lectores, comunicándoles alguna idea buena y sencilla que nace de un corazón cristiano, trazaba las líneas que habeis leído. Son palabras de un párroco tan sábio como bondadoso que, celosísimo por el bien de sus ovejas, hasta en el paseo vespertino encuentra ocasion propicia para mantener y fortificar las arraigadas creencias de los hijos de la aldea en que mora y que años hace está confiada á su tutelar cuidado.

Yo quisiera, oh lector, reproducir con fidelidad ahora las frases que no ha mu-

cho le escuché y que tan dulcemente fluían de sus labios, seguro de que habían de disipar las fugaces dudas que han turbado tal vez el sosiego de vuestro corazón piadoso; leed á lo menos la torpe traducción que yo les hago; acaso despierte en vosotros alguna idea provechosa y buena.

—Sí: sí, decía el sacerdote, esto que miras acaece en la ciudad y en el campo, esa úlcera de la duda que lastima las entrañas de nuestros hombres, esa sordida sardónica que desmaya y descorazona te pareciera, á no dudarlo, síntomas fatales para la vida de nuestra Religión Sacrosanta, y signos nada oscuros de su próxima ruina.

Si tiendes la vista hacia lo pasado, contemplas con amor y embeleso aquella fé de nuestros mayores inalterable en cualesquiera vicisitudes de la vida, aquella dócil sencillez de costumbres, y aquella inocente bondad de corazón: mas en cuanto á lo presente y lo porvenir, la comparación te asusta; espíritus escépticos, almas tibias y débiles, corazones viciados, caracteres afeminados y flojos, naturalezas minadas y corrompidas por la intemperancia y el desenfreno.

¿Pero has meditado bien cuál será el motivo de ese pesimismo con que juzgas, y negrura con que ves la situación de nuestros pueblos?

Vivían los antiguos en un edificio, cuyas habitaciones perfectamente separadas unas de otras, apenas comunicaban entre sí sino por pasadizos largos y difíciles, ni era posible desde una escrutar en el fondo de la otra, ni aun tener conocimiento de su superficie sin prolijos

y no fáciles intervalos: al paso que hoy, el edificio ha cambiado de decoración por completo; por obra del progreso humano, la comunicación entre los salones es instantánea, la vista penetra de uno en otro á través de los cristales de sus tabiques, y por medio de ellos, que no siempre son fieles en el retratar, escudriña á su sabor los sucesos leyendo los rasgos culminantes de la vida de los contemporáneos.

Esto han hecho el telégrafo y el vapor anulando casi las distancias, y sobre todo la prensa, prodigioso vehículo del bien y del mal que así pone al desnudo los faustos acontecimientos como las miserias y hediondeces de las sociedades, aun las mas apartadas. Lo sabemos todo; la malhadada libertad de imprenta nos pone además en contacto con todas las ideas, aun las mas detestables; y mientras tanto el influjo pernicioso del mundo avasalla mas y mas de día en día, y el corazón del hombre es como siempre inclinado al mal por el triste pecado de origen, herencia funesta de la especie humana. Por eso abultan tanto nuestros males: esta es la causa de que los extravíos de ahora aparezcan tan horribles á nuestros ojos, y tan baladies en su comparación los de ya fenecidas generaciones.

Y dime, si con todas estas circunstancias nos colocamos en alguna época de las pasadas ¿en ninguna hallaríamos desventaja á la presente? ¿No ha habido crímenes, ni dudas, ni desobediencia, ni persecuciones hasta nuestra edad?

Y si la Iglesia ha pasado por circunstancias mas difíciles, si ha sufrido prue-

bas mas duras de que salió con victoria ¿á qué temer por su suerte hoy cuando los testimonios de su vitalidad floreciente y lozana son patentes, son clarísimos, son irrecusables?

¿Se muere por ventura una sociedad que acrecienta cada dia sus dominios en lejanos países cuyo fervor compensa con usura la tibieza de la vieja Europa; que traspasa sin cesar los mares y penetra en la espesura de las selvas y la aridez de los desiertos, ganando siempre súbditos suyos, prosélitos para la civilización é hijos para el cielo? ¿Una sociedad cuya doctrina purísima, aún á despecho de los que no quieran reconocerlo, constituye el fondo bueno de todo adelanto de que hoy pueda legitimamente gloriarse el mundo? ¿Una sociedad que mas que nunca ahora, por maravillosa y providencial manera, conserva unidos entre sí y con el Supremo Jerarca de la grey cristiana á numerosa y escogida falange de pastores que cuidan de sus ovejas con celo y caridad inagotables?

¡Oh, los incrédulos! Yo te diré, hijo mio, quienes son esos incrédulos.

Necesita el hombre creer, porque la fé es el consuelo y el reposo de la inteligencia desfallecida entre las brumas de la tierra; necesita pensar en su último fin, porque nadie hay á quien no interese conocer de donde viene y á donde se encamina, y además repugna que el Criador, sapientísimo en sus obras deje de inculcar á uno siquiera de los mortales ese anheloso interés y ese cuidado; necesita amar algo sobrenatural y misterioso, necesita sobre todo tener esperanza.... y bien, este vacío, (¿habrá al-

guno que no lo sienta en su pecho?) lo llena la religión cristiana.

Pero hay libertinos de corrompido corazón y encallecida conciencia que odian hasta la mas leve sombra de yugo y de freno que coarte sus liviandades. Su inteligencia agonizante en una atmósfera de disipación y de vicio se halla entontecida y no creen.... no es extraño; ni aun queriéndolo de veras serian así capaces de creencia alguna.

Y hay sábios tambien: hay filósofos de pacotilla que gritan, que vociferan sin cesar en contra del Catolicismo; pero sus voces son alaridos con que pretenden aturdir y engañar la de su conciencia, á despecho suyo, *naturalmente cristiana*.

Mientras que la Iglesia eleva al cielo sus paces porque se conviertan y vivan, ellos, incapaces de tanto amor y de caridad tan sublime, creyéndola institución puramente humana, jadeantes y temblorosos, han jurado su pronto exterminio.

¡Infelices! Nada vale, dicen, esa vieja religión del pasado y si tanto hablan de ella, si con tal empeño pretenden desvirtuar su importancia es por lo mucho que importa. Sus continuos alardes y bravatas son el manto bajo el que esconden el miedo que tienen á su sanción.

¿No habeis visto al niño, al pastorcillo de estas aldeas que en edad tan tierna guarda ya por esos montes el escaso rebaño de su padre, que cuando viene solo en medio de la noche por un camino extraviado, canta y canta sin cesar para disimular con su infantil vocecita la paura que le infunden las tinieblas, la soledad y el silencio?

¡Salve, nave majestuosa que guiada por piloto celestial, surcas con paso firme y sereno los alborotados mares del tiempo, sin que tu acerada proa encuentre escollo alguno que no de-troce, ni tu casco encalle jamás, ni las olas encrespadas salten sobre tu cubierta, ni el viento pueda rasgar las lonas de tu grandioso velámen; pasarán las generaciones, y los siglos pasarán, y siempre, siempre los hombres admirados de tu constancia incommovible, amorosa y respetuosamente te saludarán como yo te saludo!

Calló el digno ministro del Altísimo y desde entonces, te aseguro, oh lector, que mas de una vez al leer los escritos ú oír las palabras de tales sábios, han venido á mi memoria las canciones nocturnas de los pastorcitos de mi pueblo.

ENEAS.

## DEBERES DE LOS CATÓLICOS

### RESPECTO DE LA PRENSA.

Monseñor Lachat, antiguo obispo de Bale (Suiza), en la actualidad Arzobispo de Damietta y administrador Apostólico del Canton de Tessino, hablando con el clero del Vicariato de Lugano acerca de la prensa, se ha expresado en los siguientes términos:

Sostener con dinero y leer habitualmente, sin necesidad bien cierta, las publicaciones de la impiedad y del infierno es un pecado mortal *ex-genere suo*. ¿No es, en efecto, un pecado mortal pagar á un sicario para que asesine á un hombre

¡Y no será un monstruoso pecado mortal sostener un periódico para que mate, no una alma solamente, sino millares de almas: para que niegue, ofenda, se burle, insulte y aborrezca á Jesucristo, á la Santísima Virgen, á la Iglesia; para que siembre el ódio, las pasiones, el vicio, la calumnia entre hermanos; para que corrompa á los inocentes y les de la muerte eterna!

El que lee los diarios inmundos se pone voluntariamente en peligro, en el grave peligro de perder la fé y la virtud. Por eso peca mortalmente contra sí mismo, contra su propia conciencia. Además, da un escándalo enorme á su prógimo.

Yo sé que hay sacerdotes pusilámines que por temor de las cóleras enemigas, bien por ignorancia, bien por olvido de su propia responsabilidad delante de Dios y de los hombres, sobre el particular son perros mudos cuando predicán; que se portan negligentemente siempre respecto de la Iglesia, que absuelven al ciego, y sobre este punto no preguntan á los penitentes sospechosos de leer malas lecturas. Estos sacerdotes son muy reprensibles. El pecado de que hablo debe ser necesariamente declarado en confesion: es preciso especificar si ha habido escándalo, si se ha hecho leer el periódico á otros: de otra suerte la confesion es nula y sacrilega.

Se debe negar la absolucion al que no promete, clara y abiertamente, arrojar al fuego los libros impíos y los diarios del infierno, y de retirar la suscripcion y apartarse para siempre de estos pastos envenenados.

Grande debe ser vuestro horror por los malos periódicos, activa y continua debe ser la guerra que se les declare; mas; no menor debe ser vuestro celo en proteger la buena prensa por medio de acciones y suscripciones, y diseminarla entre el pueblo. La obligación es la misma para los seglares, en proporción á su esfera de acción, «perseguir la prensa mala y sostener la buena.»

*El periodismo católico es obra de una utilidad soberana y de un mérito soberano.* Pio IX lo dijo y Leon XIII lo ha repetido.

Realmente, el Arzobispo Monseñor Lachart es hombre ya antiguo en el Episcopado, hecho á la lucha, experimentado en el trabajo apostólico, conocedor de los efectos de la prensa anticatólica, de la apatía de muchos católicos sobre este punto.

Y es seguro que si hubiese por parte de estos mas energía y menos frivolidad, la prensa irreligiosa, los periódicos anticatólicos quedarían reducidos á la menor expresion.

Pero la sociedad actual está de tal modo constituida, que ha impregnado de liberalismo la atmósfera que respiramos: y de aquí la indiferencia de muchos católicos bonachones que se alarman y disgustan de los avances del mal, y no quieren convencerse de que en mucha parte, tenemos nosotros la culpa.

La prensa anticatólica, indiferente, liberal é impía, vive con el dinero de los católicos, los cuales unos por curiosidad, por saber lo que dice, lo que contesta, cómo disparata un diario energúmeno, le compran, ó por cualquier otro con-

cepto, baladí por cierto, le apoyan y protegen.

¿Cuándo seremos católicos de verdad, de palabra y de obra, en la vida pública y en la privada, sin contemplaciones y con una intransigencia salvadora, oportuna, necesaria con la prensa libre?

*El Vasco.*

### Un recuerdo de Africa.

En la primavera de 1847, el héroe de la independencia árabe, Abd-el-Kader, tantas veces vencido, jamás desalentado, invitó á una lucha suprema á todos los valientes de su nacion.

El general Bugeand se había empeñado en que el pabellon francés ondeara, como único soberano, en toda la Argelia. Tenia razon, sin duda, pero Abd-el-Kader no carecia tampoco de ella. Entre estos dos grandes guerreros, campeones de dos patrias, el cañon iba á decidir muy en breve.

Mientras nuestros soldados cerraban sus sacos, un hombre de paz pensaba en esos valientes desgraciados, que caen vivos en el campo de batalla y recoje luego la cautividad. Los prisioneros árabes se hallaban en gran número, hacia mucho tiempo, bajo la bandera de la victoria; mas cual era la suerte de los nuestros, en manos de la derrota?..... Esto es lo que se preguntaba con un santo dolor el hombre de paz, Mr. Dupuch, primer obispo de Argel.

El palacio del obispo daba frente al del general. Monseñor pasó, pues, una mañana á pedir permiso á éste para que

uno de sus sacerdotes fuese al campamento de Abd-el-Kader á negociar el rescate ó el canje de los prisioneros franceses, si por fortuna vivían aun; porque sobre este punto se referían historias verdaderamente atroces.

El gobernador no vió en el proyecto mas que una heroica pero inútil imprudencia condenada sin apelación por el buen sentido y la política del momento.

—Os doy gracias de corazón, en nombre del ejército, dijo con verdadera efusión. Pero, Monseñor, creedme; estas negociaciones no se entablan cuando resuena el estampido del cañón. ¿Como, por otra parte, atravesar una multitud de tribus desconocidas, sublevadas, delirantes, unas armándose á toda prisa, otras empeñadas ya en la lucha y sosteniendo continuas escaramuzas con nuestros exploradores?.... Mi deber me prohíbe autorizar una tentativa, cuya inspiración respeto, pero que se ahogaría á tres leguas de aquí, en un charco de sangre.

La negativa era categórica, pero el obispo no se dió por vencido. Cuando mayores dificultades presentaba el gobernador, mas apremiantes eran las súplicas del digno prelado.

A fé mía, Monseñor, exclamó por último M. Bugeand sonriendo, *si Dios lo quiere*, yo toco retirada. Como general en jefe, no puedo autorizarlo, pero como cristiano, lo admiro.... y *cierro los ojos*.

Los sacerdotes todos de Argel esperaban con viva impaciencia la decision del general. Todos ellos se disputaban esta ocasion muy probable del martirio. Mgr. Dupuch reclamaba desde luego para sí,

el derecho de marchar el primero. Con gran trabajo lograron hacerle desistir de su propósito, y la eleccion se fijó por último en el abate Suchet.

Al amanecer del día siguiente, con el breviario bajo el brazo, y llevando por todo bagaje una carta para el Emir, el abate, seguido de un intérprete indígena, emprendió el camino apresuradamente, como si temiera ser perseguido por algun escrúpulo del gobernador.

Cuando hubo dejado atrás nuestros últimos *blokkans* (1) respiró tranquilo. Aquella soledad inmensa de movibles horizontes le parecia llena de Dios. En las revueltas de cada sendero, detrás de cada roca, de cada árbol, de cada matorral, su fé viva y ardiente le hacia ver un ángel de la guarda; y cuando oyó, á derecha é izquierda, el eco lejano de los fusiles árabes, ninguno temor sintió, porque iba llevado por la caridad.

—¿Quién vive?... gritan á un tiempo los blancos centinelas de la llanura y de la montaña.

El abate se parapeta confiadamente tras la señal de la cruz, y el intérprete contesta con lengua árabe.

—*Hombre de oracion.*

—¿A donde vais?

—En busca de Abd-el-Kader, el gran Emir....

—¿Qué le quereis?

—La libertad de los prisioneros de guerra, árabes ó cristianos todos hijos de Dios!

—Pasad en paz hombres de bien: que

1 Fortificaciones de madera construidas para proteger los puestos avanzados.

Dios y su profeta os guíen y os vuelvan.

El intrépido misionero no sabía entonces que el *médico* y el *sacerdote*, aún de raza enemiga, son venerados por ese pueblo antiguo y nada tienen que temer de sus venganzas. Pero esto no es aún todo. La hospitalidad los escoltó de tribu en tribu. Los guerreros de ojos feroces y sombría mirada, bajaban a pasar por su lado, las armas y los saludaban con una sonrisa; los ancianos los hacían sentar entre ellos para honrarlos, y las mujeres, por un instinto secreto y conmovedor, presentaban al sacerdote sus pequeños para que los bendijera.

Lejos, muy lejos, hacia el Oeste, después de marchas y contra marchas penosísimas, á través de bosques y montañas sin caminos y sin habitaciones, fué donde pudieron al fin hallar á Abdel-Kader, acampado sobre colinas salvajes, entre su fortaleza de Takdimt y su ciudad de Mascara.

El Emir, descendiente de los califas fatimitas, próximos descendientes á su vez de Mahoma,—así lo dice al menos una genealogía admitida por todos los árabes—de edad de treinta y cinco años entonces, de raza sacerdotal; coronado en la Meca y en Bagdad, héroe de leyendas maravillosas, unia en Argelia, el prestigio religioso al poder político, y sus cualidades personales realzaban todavía su grandeza.

La confianza del obispo francés y el valor del jóven sacerdote conmovieron su corazón ulcerado por la guerra, y, después de repetidas demostraciones públicas de benevolencia hacia el *hombre de oración*, cincuenta y seis soldados

franceses recobraron la libertad, *sin rescate*.

—Si tuviera más, dijo el Emir, al abate Suchet, te los daría de buen corazón, sin condiciones: *el Jefe de oración* de los cristianos no es mi enemigo.

Un resultado semejante subreptamente en verdad toda esperanza. Nuestros soldados fueron conducidos hasta las avanzadas francesas de la provincia de Orán por una escolta, que trajo un recibo de su entrega firmado por el oficial comandante del puesto. El héroe sacerdote se puso en marcha con el corazón más ligero que al emprender su viaje. Volvió á ver con alegría á sus *amigos* del desierto y recibió de ellos la misma acogida hospitalaria. La hora del combate parecía esperar á que estuviera en seguridad. Y preciso es decirlo, su sotana hecha girones por las espinas, sus piés magullados que llevaban por todo calzado cortezas de árbol, su dulce fisonomía bronceada por el sol y su barba erizada como un matorral, no anunciaban de ningún modo un embajador de Dios. Pero, desde lo alto de los cielos, San Agustín, el obispo de Hippona, lo encontraría sin duda magnífico.

Llegado al fin á la vista de uno de nuestros campamentos, cerca de Medeah, en el Atlas, ató su pañuelo en la punta de su bastón de palmera y echó á correr gritando: ¡Francia! ¡Francia!

El general Baraguey d' Hilliers, que lo vió venir, no podía dar crédito á sus ojos.

—¡Ah! ¡cómo! de dónde salís así señor abate?

—¡Oh! de un poco lejos y rudamente

fatigado!... Pero es igual, estoy contento de Abd-el-Kader.....

—¡Qué!..... venis de ver á Abd-el-Kader?..... Y con quién?

—Pero, general, con mi intérprete.

Y se puso á contar sus aventuras y el resultado obtenido, con la alegría que desbordaba en su corazón: una alegría de niño, mejor una alegría de ángel. Oficiales y soldados, formando un círculo apretado á su alrededor, le escuchaban ansiosos contemplándolo con esa admiración respetuosa que inspiran siempre los grandes hechos llevados á cabo con sencillez.

P. Christian, *antiguo secretario del mariscal Bugeand.*

---

#### NOTICIAS Y VARIEDADES.

---

Su Santidad ha recibido una nota oficial del Gobierno imperial de Viena asegurándole que en la entrevista celebrada en Gastein, por los emperadores de Alemania y de Austria, recientemente se ocuparon de la actual situación de la Santa Sede y convinieron en la imperiosa necesidad de mejorarla.

Hace poco tiempo la hermana Gabriella, de las Hijas de la Caridad, celebraba en Coblenza el 50 aniversario de su entrada en la congregación.

La emperatriz Augusta de Alemania, que, aunque protestante (*hay quien dice que secretamente es católica*), ha manifestado siempre la más viva admiración por las religiosas, quiso honrar la fiesta con su presencia, llegó en coche al hospital servido por las religiosas, felicitando calurosamente á la hermana Ga-

abriela, á quien entregó como regalo un Santo Cristo de gran valor artístico. S. M. le ofreció además un ramo de rosas y una fotografía con dedicatoria. También entregó á la humilde religiosa un regalo de la gran duquesa de Baden.

El Alcalde de Archidona (Málaga) ha dado á sus delegados las órdenes más apremiantes para que detengan á los que blasfemen en la vía pública, y los entreguen al Juzgado municipal para que les imponga éste el correspondiente castigo.

En el convento de religiosas de Santa Clara de Pontevedra se admiten dos jóvenes que tengan vocación religiosa y estén suficientemente instruidas en el canto y órgano ó piano. No se necesita ninguna otra dote. Las aspirantes pueden dirigirse á la Madre Abadesa del mencionado convento.

La congregación de la Caridad Cristiana de Barcelona ha distribuido entre los pobres de aquella capital en el pasado mes de Julio la cantidad de 3.003 pesetas 35 céntimos.

En Orihuela se ha abierto la oportuna información canónica para la beatificación de la madre Sor Juana de Guillen, hija de dicha ciudad y religiosa que fué en el monasterio de Agustinas de San Sebastian de la misma.

En breve se publicará el edicto convocando á oposiciones para proveer la cátedra doctoral de la santa Iglesia catedral de Barcelona.